

EL VIA CRUCIS DE LAS BRIGADAS ROJAS

MANUEL CAMPO VIDAL

CON la desaparición por raptó de Aldo Moro, una de las piezas clave del chirrioso engranaje político, las plazas han vuelto a llenarse de manifestantes, las paredes de pasquines y los diarios y revistas de enconadas polémicas que salpican esa crónica de sucesos, de graves sucesos, que constituye la vida cotidiana de Italia. Al teléfono 475 69 89 de Roma continúan llamando a diario miles de ciudadanos que creen conocer detalles de interés para levantar el telón de las misteriosas Brigadas Rojas; en los accesos de Roma, soldados y policías en una movilización sólo comparable a la decretada en 1908 cuando el terremoto de Messina,

detienen automóviles y registran portaequipajes a todas horas; los políticos siguen encerrados en sus cuarteles generales, de los que salen por sorpresa y con fuerte escolta; los psicólogos recomiendan que lo peor contra el miedo es encerrarse en casa; el hampa romana busca a Moro en estrecha colaboración con la desesperada Policía italiana, a la que auxilian especialistas alemanes, un par de agentes ingleses, tal vez algún israelí y, además, un parapsicólogo holandés famoso por hallar lo que nadie encuentra... Esa es la agitada calma, la serena intranquilidad que vive Italia a la espera de que el Radio Giornale anuncie que dos jóvenes extraparlamentarios

han sido ametrallados por fascistas en Milán o que el ex alcalde de Turín ha entrado en su casa con cuatro tiros puestos.

Más allá de Moro, del desenlace de su raptó y aún del proceso al que le están sometiendo las Brigadas Rojas y que tanto inquieta en la OTAN por lo que Moro debe saber, cuatro grandes polémicas han estallado en el seno de la sociedad italiana: la primera sobre la naturaleza y la trastienda de las Brigadas Rojas; otra alrededor del pánico de la derecha por las movilizaciones populares; una tercera sobre la escandalosa ineficacia de la Policía, y la última, sobre la función de los intelectuales en una sociedad en crisis.

Detrás de las Brigadas Rojas

"Lo que está detrás de las Brigadas Rojas eso lo quisiera saber también yo", ha dicho como un italiano más Bettino Craxi, secretario socialista. Para algún sector de la prensa derechista son los servicios secretos soviéticos y checoslovacos los que mueven los hilos de una organización que ha demostrado tener todo el entrenamiento, la precisión de relojes y pistolas, la imaginación y hasta la "profesionalidad" que parece faltarle a la Policía. Según el mismo argumento, la URSS trataría de truncar la primera posibilidad de

"Es la nueva mayoría parlamentaria la que está en la plaza", escribe la prensa de izquierda. En la foto, la multitud congregada en la Piazza della Signoria, de Florencia, en protesta por el secuestro de Aldo Moro.





Jaula de los quince miembros de las Brigadas Rojas, juzgados en Turín bajo extraordinarias medidas de seguridad.

demonstrar la viabilidad de las tesis eurocomunistas. "Pravda", la agencia Tass y algunas oleadas de sentido común se han encargado de descartar esta posibilidad.

Los palos de ciego de las especulaciones han alcanzado en plena cara también a Graham Martin, siniestro embajador americano de la época Nixon-Kissinger, que facilitó ochocientos mil dólares en 1970 al general Vito Miceli, entonces jefe de los Servicios Secretos Italianos (SID), y más tarde parlamentario por los neofascistas.

Sobre las Brigadas Rojas no faltan explicaciones más complejas que califican el terrorismo como producto típico del "tardo-capitalismo" en el final de los años 60, siempre manteniendo la coincidencia general de que con el caso Moro, el salto cualitativo de las Brigadas Rojas, tanto "técnico" como "institucional", ha sido espectacular.

Aún otra posible relación de las Brigadas Rojas con la Baader-Meinhof ha sido deducida de los aspectos coincidentes de los secuestros de Moro y Scheleyer, por la presencia además de técnicos de la Policía germana en Roma y por el "aviso" que se habría enviado desde la RFA hace algunas semanas sobre la posibilidad de un importante secuestro en Roma.

Ese aviso no habría servido para que a Aldo Moro, presunto Presidente de la República si sale de ésta con vida, se le asignase un coche blindado, siquiera como el que ya usan en Italia bastantes

industriales de provincias. Tampoco habría servido para tomar medidas excepcionales de seguridad en plena reanudación del juicio contra las Brigadas Rojas en Turín y, aún más, el día en que Giulio Andreotti presentaba al Parlamento su Gobierno.

Las desordenadas fuerzas del orden

Después de que se llevaran a Moro —esa es la segunda gran polémica—, la Policía romana poco más parece saber excepto que le falta un furgón de su parque móvil, furgón que bien pudo ser utilizado por los secuestradores para burlar los controles. Luego sobrevino una cadena de errores que resultan difíciles de creer: entre las veinte fotografías de los primeros sospechosos se deslizaron dos de "brigadistas" que han pasado el invierno en prisión; se dio la orden de poner en marcha el "Piano Zero", que si acaso existe, manifestaron desconocerlo los doscientos encargados de llevarlo a la práctica. Distintos automóviles supuestamente utilizados por los secuestradores fueron encontrados en días distintos en la misma calle, lo que prueba o que no se registró bien el primer día o que alguien volvió al lugar del crimen para aparcarlos...

La desconexión entre las tres fuerzas de seguridad, Polizia Stradale, Guardia di Finanza y los Carabinieri parece hasta ridícula. Para salir del paso, el ministro del Interior, Cossiga, llevará la coordi-

nación a la espera de una reorganización que terminará antes que la primavera. Entre tanto, se han adoptado medidas contra el terrorismo, tanto en el pleno legislativo como administrativo.

Esta asunción de nuevos poderes por Cossiga, a quien se le ha solicitado desde diversos ángulos su dimisión recordándole que la fuga de Kappler le costó la cartera al ministro de Defensa, se ha producido después de una cumbre de los expertos en orden público de los partidos de la mayoría parlamentaria. Eso es precisamente lo que más preocupa a la derecha, y a la vez la tercera gran polémica. Para la derecha de la DC —el joven diputado de Milán, Massimo de Carolis, exponente de la influencia bávaro-americana, parece consolidarse como líder de ese sector— el hecho de que las plazas de Roma, Milán, Turín y de las principales ciudades se hayan llenado de manifestantes entre los que se confundían las banderas rojas y las blancas de la DC, es el peor de todos los males que aquejan a Italia. "Es la nueva mayoría parlamentaria la que está en las plazas", se escribe en la prensa de izquierda. "El terrorismo se combate con leyes y no con manifestaciones en la calle", se puede leer en pasquines que cubren las calles firmados por Democrazia Nuova, un grupo que usa el mismo escudo que la DC y que pone frenético al secretario democristiano Zaccagnini. "La atmósfera de culpa favorece la hegemonía del PCI sobre los otros partidos políticos", sostiene Democrazia Nuova en los pasquines y De Carolis en

las reuniones de la dirección democristiana.

A la derecha le duele que los partidos de la nueva mayoría parlamentaria, la más amplia de que dispone un gobierno italiano en treinta años, haya impuesto su proyecto antiterrorismo a la DC, que ha tenido que ser discutido por el comandante en jefe de la Policía Stradale con los tres máximos líderes sindicales, Lama, Maccario y Benvenuto. Y le preocupa porque en el marco de esa responsabilización colectiva que ha hecho posible que a pesar de las provocaciones terroristas, de la emergencia no se haya pasado al caos, Enrico Berlinguer, secretario general del PCI, ha escrito en estos días en "L'Unità" que "esa movilización extraordinaria, esa vigilancia de masas de nuestro pueblo, exige una nueva guía política del país", tratando de demostrar así a los descorazonados que el ingreso de los comunistas en la mayoría parlamentaria significa mucho más de lo que se podía pensar hace sólo algunas semanas.

Los intelectuales y la crisis

Mientras algunos intelectuales (Norberto Bobio, Fellini, Alberto Moravia, Calvino, Petras, Montale, Argan y otros) llamaban a la movilización contra el terrorismo y la violencia, Leonardo Sciascia se ha preguntado en voz alta "si vale la pena o no defender este Estado". En guerra contra Sciascia ha partido desde el "Paese Sera", que dirige Aniello Coppola, para decir que "es este tiempo de hormigas y no de cigarras". Más allá de los insultos como "stalinista" y otras indelicadezas que le devolvió Sciascia y de la defensa amplísima que ha recibido Coppola, una gran polémica ha quedado abierta. Casualmente el bimensual "Crítica Marxista" presenta en estas fechas un número monográfico sobre "Gli intellettuali e la crisi italiana" con varios coloquios que se vienen convirtiendo en el terreno de juego en el que desarrollar el debate. Para unos, posiciones como las de Sciascia favorecen el terreno de los "partidos armados", como los "autónomos" de las fábricas y de las Universidades que jugarían el mismo papel. Para otros, la pregunta de si la República tiene ya valor, no es necesariamente subversiva. Los extraparlamentarios entre tanto tercián alejándose por el camino de la inhibición, manifestando que sus posiciones no se alinean "ni con las Brigadas Rojas ni con el Estado". En cualquier caso, el Estado italiano, "atacado en su corazón" por las Brigadas Rojas, pide a gritos una profunda intervención quirúrgica. Ya casi nadie se atreve a negarlo. ■